Introducción

En 1378, Carlos IV, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, visitó la ciudad de París junto a su hijo Wenceslao. El rey de Francia, Carlos V, agasajó a sus invitados con banquetes y todo tipo de diversiones cortesanas. Entre estas últimas, se encontraba una representación teatral cuyo argumento, al parecer, distaba mucho de ser casual[1]. El monarca galo deseaba que su tío, el emperador, promoviera una nueva cruzada contra los musulmanes, que desde 1244 habían arrebatado a los cristianos el control de Jerusalén[2]. Así, encargó escenificar la historia de Godofredo de Bouillon, el líder más destacado de la primera cruzada[3]. Para la ocasión, y como era habitual[4], se

[1] Sobre este encuentro y su repercusión artística, ver: Camille, 2015: 84-87; Pérez Monzón, 2013: 270; Walters, 2007 y Autrand, 1995.

[2] Sobre la pérdida definitiva de Jerusalén por los cristianos, recomendamos: Grousset, 2006c: 419-435; Ayala Martínez, 2004: 265-270 y Runciman, 1973c: 165-194.

[3] Godofredo de Bouillon (h. 1060-1100) fue un destacado líder militar de la primera cruzada y posterior gobernador de Jerusalén bajo el título de *advocatus Sancti Sepulchri* –defensor del Santo Sepulcro–. Siendo duque de la Baja Lorena consiguió agrupar un gran ejército para unirse a la campaña auspiciada por el Papa y jugó un papel importante en la conquista de la Ciudad Santa. Descendiente por línea materna de Carlomagno, su figura pronto se vio envuelta en leyendas y fue modelada como perfecto paladín hasta convertirse desde el siglo XIV en uno de los Nueve de la Fama, la serie de héroes históricos y legendarios que personificaron el ideal de la caballería en los últimos siglos medievales. Sobre Godofredo de Bouillon y su papel en la primera cruzada, ver: Grousset, 2006a: 73-84; Ayala Martínez, 2004: 109-110, 118-131, 138-142 y 189-233 y Runciman, 1973a: 253-273.

[4] Aunque el estudio de las representaciones teatrales medievales continúa siendo una asignatura pendiente para los historiadores del arte, se sabe que en la Baja Edad Media se produjo un gran desarrollo de estas. El vestuario era cada vez más elaborado y los escenarios llegaron a constituir verdaderas piezas de arte efímero. Peréz Monzón, 2013: 268-270. Sobre teatro medieval, ver: Pérez Priego, 2009, 2004 y 1997; Álvarez Pellitero, 2009 y Castro Caridad, 1997.

construyó un castillo de madera (fig. 1) que, por unos instantes, simbolizó la Ciudad Santa ante aquellos distinguidos comensales que jamás llegarían a contemplar la verdadera Jerusalén.

Fig. 1. El emperador Carlos IV y el rey Carlos V contemplan una representación de la primera cruzada. *Grandes Chroniques de France*, París, h. 1375-1380. París, BnF, Ms. Fr. 2813 fol. 473v.

Al igual que los protagonistas de este frustrado intento de cruzada, fueron muchos los europeos que no viajaron a la Palestina medieval. De las tres grandes peregrinaciones cristianas, la de Jerusalén era, sin duda, la más importante[5]. Sin embargo, desplazamientos tan largos eran altamente costosos, por lo que no estaban al alcance de buena parte de la población. Aun así, Jerusalén y Tierra Santa constituyeron un elemento constante de su pasado, su presente y su futuro. Para los cristianos, la ciudad tenía un significado especial: había sido testigo de la culminación de la historia que narraba la Biblia, convirtiéndose en escenario de la Pasión y la Resurrección de Cristo.

Jerusalén fue objeto de estudio y devoción a lo largo de toda la Edad Media. Era considerada por muchos el centro del mundo y así se representaba en los mapas. En ella se había establecido la sede de la monarquía elegida por Dios para gobernar a su pueblo y entre sus muros se había levantado el Templo destinado a custodiar el Arca de la Alianza. Jesús de Nazaret había predicado en sus calles y sobre el emplazamiento en el que, según la tradición, habría muerto y resucitado, se había construido el santuario más importante de la cristiandad: el Santo Sepulcro. De Jerusalén procedían las reliquias más preciadas y hacia Jerusalén se dirigían numerosos peregrinos en busca de su incomparable sacralidad.

Pero la urbe también era sagrada para las otras dos grandes religiones monoteístas. Y, así, los cristianos tuvieron que disputar su control a los musulmanes durante siglos, mientras esperaban la llegada de Cristo tras el Juicio Final. Los tres cultos compartían los orígenes bíblicos de la ciudad. Sin embargo, para los judíos había constituido, además, el centro político-religioso de su reino hasta que fueron expulsados por los romanos. Durante toda la Edad Media, el pueblo judío anheló regresar a Jerusalén, ligando sus recuerdos a los últimos restos del Templo que aún quedaban en pie: los cimientos de la plataforma sobre la que se apoya la actual Explanada de las Mezquitas, conocidos como «Muro de las lamentaciones». Por su parte, los musulmanes vincularon el carácter sagrado de la ciudad a la supuesta ascensión al cielo que Mahoma habría efectuado desde el Monte del Templo[6]. Esta habría tenido lugar entre los años 621 y 622, aproximadamente una década después del comienzo de la revelación y de su vida como profeta[7].

---

[5] Sot, 2003: 649.

[6] Flori, 2003: 401-402.

[7] Una breve y completa síntesis sobre la vida y predicación de Mahoma en Brendiss, 2013: 29-44.

Todos estos aspectos han sido ampliamente estudiados. No obstante, como ha señalado recientemente Bianca Kühnel –una de las investigadoras que más ha trabajado sobre la imagen de Jerusalén–, el componente visual de la presencia constante de esta ciudad en Occidente aún no ha sido valorado como corresponde[8]. El presente estudio, que pretende aproximarse a ello, comienza formulando una pregunta ciertamente ambiciosa: ¿Cómo imaginaban Jerusalén los cristianos de la Europa medieval? Para acercarnos a obtener una respuesta, el análisis de su plasmación artística se presenta como un paso previo fundamental.

Durante buena parte de los siglos medievales, la representación de las ciudades se caracterizó por emplear fórmulas estereotipadas y carecer de intención individualizadora. Sin embargo, hubo casos en los que se trató expresamente de hacerlas reconocibles. Jerusalén fue uno de ellos. Los europeos podían conocer su aspecto por las descripciones antiguas, los testimonios de los viajeros y, especialmente, por las relaciones mantenidas con el reino latino, que se estableció en Tierra Santa tras la primera cruzada entre los siglos XII y XIII. Sin embargo, la Biblia mencionaba –y describía con todo detalle– una Jerusalén que descendía del cielo con una apariencia geométrica y regular que poco tenía que ver con la ciudad que visitaban los peregrinos cristianos.

La imagen de Jerusalén en el arte medieval se gestó a partir de esas dos ideas. Por una parte, la representación arquetípica y, por la otra, el empleo de rasgos individualizadores –como edificios concretos o símbolos parlantes–. Ambas posibilidades son analizadas en las próximas páginas, donde se profundiza, entre otros aspectos, en la figuración estandarizada de la Jerusalén Celeste, la aparición de la ciudad en los mapas y su presencia como telón de fondo en las escenas narrativas. Este último caso, muy frecuente a finales de la Edad Media, ha sido, quizás, el menos trabajado hasta el momento. Por ello recibe especial atención en esta investigación, que recurre así a un gran número de obras de arte bajomedieval. Sin embargo, la cronología de las imágenes escogidas se amplía para mencionar ejemplos anteriores y posteriores que facilitan una comprensión global de la visión artística de Jerusalén a lo largo de los siglos medievales.

De esta forma, se propone un discurso elaborado a partir de una selección de representaciones de la ciudad que funcionan como hilo conductor. Una selección con carácter ejemplar que deja fuera muchas obras interesantes, pero que trata de articular el estudio a través de las principales variaciones

[8] Kühnel, 2012b: 243.

y posibilidades de reproducir Jerusalén. Con ello no se pretende realizar un mero catálogo de imágenes, sino que se busca profundizar en las razones que condujeron a los artífices medievales a representar la ciudad como lo hicieron, generando una visión de conjunto, inexistente hasta la fecha, que consideramos necesaria. Se aborda esta desde la historia del arte, pero teniendo en cuenta que precisa de una aproximación interdisciplinar y el empleo de las nuevas metodologías de la cultura visual, la semántica de la arquitectura y la antropología de la imagen.

El estudio se ha dividido en dos grandes apartados. El primero ofrece un condensado estado de la cuestión donde se detalla la importancia de Jerusalén en el mundo medieval, haciendo hincapié en el reciente impulso que han recibido los trabajos sobre su representación visual. Por su parte, el segundo se centra expresamente en las manifestaciones artísticas, agrupándolas en torno a tres epígrafes: un resumen inicial, a modo de contextualización, de las características de las primeras imágenes de Jerusalén y un análisis, por separado, de las dos tradiciones en las que se basaron sus representaciones medievales: la reproducción de modelos estandarizados y la búsqueda de una evocación cada vez más fidedigna de la ciudad. Por último, se recogen las conclusiones alcanzadas, que constituyen un posible punto de partida para futuras investigaciones.

1. Estudiar Jerusalén: un estado de la cuestión

La doctora Karen Armstrong, ensayista británica especializada en religiones comparadas, fue galardonada en 2017 con el Premio Princesa de Asturias de Ciencias Sociales. Al valorar su larga trayectoria, que cuenta con más de una veintena de exitosas publicaciones, el jurado quiso destacar «la relevancia del estudio de las religiones para comprender la sociedad y el mundo contemporáneos»[1]. Cuarenta y siete días después de que se celebrase la ceremonia en el teatro Campoamor de Oviedo, y ante el rechazo de gran parte de la comunidad internacional, el presidente de los Estados Unidos de América, Donald Trump, anunciaba su decisión de trasladar la embajada estadounidense en Israel de Tel Aviv a Jerusalén, desatando una oleada de protestas en el mundo islámico y enfrentamientos violentos en las calles de la Ciudad Santa[2].

Aunque la escalada de la tensión en Jerusalén tiene origen en el conflicto que enfrenta a israelíes y palestinos por su control desde mediados del siglo xx, la pugna por la ciudad hunde sus raíces en el mundo medieval. En 1996, Armstrong repasó la historia jerosolimitana en su libro *Jerusalem. One city, three faiths*[3]. El título –riguroso, sencillo y directo, como la prosa de su autora– dirige el foco de atención sobre la particularidad que ha hecho de Jerusalén una de las ciudades más codiciadas de la historia: su sacralidad para las tres grandes religiones monoteístas. En este sentido, el filósofo Thomas A. Idinopulos fue pionero en 1991 al recoger en un mismo volumen la experiencia de los tres cultos en la urbe bajo el título *Jerusalem blessed, Jerusalem cursed: Jews, Christians and Muslims in the Holy City from David's time to our Own*[4]. El

[1] Puyol Antolín *et al.*, 2017.

[2] Martínez Ahrens, 2017. La decisión se ejecutó en mayo de 2018.

[3] Para la realización de esta investigación se ha consultado la versión en castellano: Armstrong, 2005.

[4] Idinopulos, 1991.

estadounidense aportaba ya dos matices interesantes. Por una parte, el origen bíblico de la ciudad y, por otra, su ambivalente posición como milenario objeto de devoción y conflicto.

En Jerusalén coexisten la veneración de los judíos por el Muro de las Lamentaciones, la de los musulmanes por la Explanada de las Mezquitas y la de los cristianos por el Santo Sepulcro[5]. En la fachada de este último permanece inalterable una escalera de madera desde mediados del siglo XIX[6]. Al encontrarse en una zona común, las diferentes comunidades cristianas encargadas de custodiar el santuario –griegos, franciscanos, armenios, coptos, etíopes y sirios– no han sido capaces de llegar a un acuerdo sobre su retirada. El hecho de que miembros de una misma religión no lleguen a entenderse en un aspecto aparentemente tan sencillo da cuenta del complejo entramado de equilibrios que garantiza la convivencia en una ciudad que ha sido doce veces destruida[7].

Esta accidentada historia y su destacada posición en la mentalidad de los creyentes de las tres religiones han convertido a Jerusalén en un elemento central y constante en los estudios medievales. Las aproximaciones se han realizado desde múltiples puntos de vista y variadas disciplinas. Entre 1988 y 1991, James D. Purvis publicó *Jerusalem, the Holy City: a bibliography*, obra de dos volúmenes y cerca de mil páginas que recoge el título de los trabajos más relevantes realizados sobre la ciudad desde el siglo XIX hasta la edición del libro[8]. Desde entonces, la aparición de nuevas investigaciones, organización de congresos y programación de exposiciones han sido continuas. Y, en lo referente a los estudios histórico-artísticos sobre la imagen de la ciudad, más escasos

[5] Las distintas sacralidades han sido tratadas en el estudio coral de Levine, 1999.

[6] Alandete, 2014. La fecha de mediados del siglo XIX es la aportada por las primeras fotografías fehacientes que se conservan. No obstante, en ocasiones se retrasa su cronología hasta el siglo XVIII basándose en diferentes textos y grabados.

[7] Cline, 2004.

[8] Purvis, 1988-1991. La compilación bibliográfica de Purvis recoge los estudios más importantes sobre Jerusalén desde el siglo XIX hasta 1988. De sus cerca de mil páginas, tan solo ocho están dedicadas a estudios sobre arte (I 261-266 y II 264-265), siendo, además, un espacio compartido con los trabajos sobre el impacto de la ciudad en el pensamiento y el sentimiento de los fieles. En total cuenta con más de 5.800 entradas organizadas en ocho secciones principales: estudios generales sobre Jerusalén, Jerusalén durante el periodo bíblico hasta el 587 a.C., Jerusalén durante el periodo del Segundo Templo, Jerusalén romana, Jerusalén en el judaísmo, Jerusalén cristiana, Jerusalén como ciudad musulmana y Jerusalén en los tiempos modernos. En el campo de la arqueología bíblica, recomendamos la recopilación bibliográfica de Shanks, 1995.